III. B. 1. a - EL CORAZÓN DE DIOS ANTE EL PECADO

(Madre Fundadora)

Dios creó al hombre para que gozara de la vida de Dios, para una felicidad eterna. Le llenó de sus dones, pero el hombre pecó.

> *«En el Misterio del Amor de Dios, podemos vislumbrar qué sería para el Corazón de Dios ver esas criaturas en desgracia eternamente, desgajadas de Dios; ya no podían participar de Su Vida, no podrían saborear la felicidad, no podrían. Las puertas del Cielo cerradas para toda una eternidad, privados de Dios. ¿Cómo podría sufrirlo el Corazón de Dios, su Amor, si habían sido hechura de su Amor, si les había creado para hacerles partícipes de su felicidad y que le dieran gloria y alabanza y Él gloriarse de esa obra de sus manos? ¿Cómo sufriría el Corazón de Dios esto? No era posible. Y el Dios Omnipotente, Omnisciente, lo puede todo y lo sabe todo. Y quiso. Y quiso reparar esa desgracia que no tenía reparación posible, porque la ofensa a Dios no la puede reparar una criatura por mucho que se hubiera arrepentido. No eran capaces, no tenían potencia, no había categoría para poder reparar la ofensa hecha a Dios. Pero Dios es Dios; y puso en juego su Omnipotencia, su Omnisciencia, y ese Consejo de la Trinidad (Dios amando al Verbo, el Verbo amando al Padre, el Espíritu Santo procedente de ese Amor) sonó la palabra "quiero" y quedó sellado el Decreto de Salvación» (PP 1980 p 13-14).*

Nuestra Madre Fundadora intuye ese diálogo Trinitario, "consejo" lo llama ella, en el que el amor entre las divinas personas se desbordaba en un deseo de salvación de todos los hombres: "*Dios **quiere** que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad"* (1 Timoteo 2,4-6). Siempre que habla de ello destaca el **quiero**, la voluntad salvífica que tenían las Tres Personas divinas. El *Ecce venio* del Verbo es una respuesta al **quiero** del Padre y el Espíritu Santo realiza la Encarnación.

> *«Nos dio su propio Hijo, su único Hijo, haciendo que, a Él, Verbo Eterno, Palabra Eterna, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, se uniese hipostáticamente una naturaleza humana y, sin dejar de ser Dios, sería también real y verdaderamente Hombre. En el Verbo quedará asumida, rescatada, hecha masa de su masa, vida de su vida, la humanidad toda. Hombre que repararía el pecado hecho por la creatura; Dios que repararía la ofensa hecha a Dios. Así amó Dios al mundo. ¡Qué misterio de Amor! Tenemos que tenerlo siempre presente; no, más, con carga de amor en el alma. - Hay que hundirse en el abismo profundo del Misterio. - El Verbo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, tomó carne, se hizo hombre, sin dejar de ser Dios. Dios y Hombre verdadero. Una misma cosa con el Padre, pero desgajado del Padre, respondió a la Voluntad salvífica del Padre, que exigía Redención, por la Cruz, la muerte. Exigía una víctima, que restaurara Su Plan de Amor Eterno. Y sonó el grito de Amor Sacerdotal: "Padre, he aquí que vengo, con un cuerpo capaz de sufrir". Desde ese momento, no se puede hablar de amor sin asociarlo plenamente a la realidad de una entrega, de una donación. No hay amor si no hay donación. Dios creó desbordando Su Amor, dando Su Vida, que es Amor. Dios, no cuando hace, sino cuando rehace; no cuando crea, sino cuando recrea; no cuando amó, sino cuando ama rescatando, atrayendo lo que estaba perdido, no sabe expresarse, no puede ni quiere expresarse de otra manera sino en donación plena, dándonos lo más, lo suyo mismo, su Verbo y rehaciéndonos en Él para podernos amar en lo infinito de Su Amor, en su propio Hijo, porque la naturaleza toda quedó asumida en la naturaleza que el Verbo tomó para ser Redentor, Sacerdote, Víctima. Cristo.*

Plan Eterno de Dios. En esta faceta que contemplamos hoy, tiene que rendirnos el amor con fuerza de gratitud; con fuerza de respuesta. Así se ama. Sin medida, sin frases, sin teorías, sin pensar lo que se sacrifica y cuánto se sacrifica; se ama, dándose en la medida del Amor, que es sin medida. - Esta gracia, hay que alcanzarla en la oración de hoy y en la profundidad de ese abismo insondable. Dios es quien Es, Dios es Dios. En ese abismo insondable de contemplación, contemplar con el alma inmersa en el mismo Misterio, contemplar la recreación, ese modo de rescate y encontrarse, el alma, mi ser personal en el infinito del Amor del Padre, en Su Hijo, alma amada, predilecta, llamada. - Encontrarse ahí, así, asumidos en Cristo por un Plan Eterno de Amor. Estoy en Cristo; soy amada en el infinito del Amor del Padre, en Cristo. Mi persona; yo» (PP 1970).

Sierva de Dios madre María del Carmen Hidalgo de Caviedes